

8 de diciembre de 2024 - II Domingo de Adviento "C"

[Ba 5, 1-9; Flp 1, 4...11; Lc 3, 1-6](#)

### Homilía

La persona de Juan Bautista está en el centro de la liturgia del segundo y tercer domingo de Adviento. En el Evangelio del próximo domingo escucharemos su mensaje, su llamada a la conversión. El Evangelio de hoy trata de su misión de profeta. No se trata de sus propias palabras, sino de la Palabra de Dios que le fue dirigida, o más bien, para traducir el texto más literalmente, la Palabra que "descendió sobre él". Además, en estos primeros capítulos del Evangelio de Lucas, cada sección comienza con una intervención de esta Palabra de Dios. Desde la apertura de su Evangelio, la Palabra de Dios se dirige a Zacarías en el Templo, y después a María, en quien se hace carne. Aquí, al comienzo del tercer capítulo, se dirige a Juan el Bautista.

Las intervenciones de la Palabra de Dios son siempre como una espada que separa, que establece una ruptura en el tiempo y en el espacio. El anciano Simeón había anunciado a María que la espada que atravesaría su corazón separaría también a las personas al revelar lo que había en el corazón de cada uno. En el pasaje que acabamos de leer, Lucas se complace en describir el contexto histórico preciso en el que tiene lugar esta Palabra.

Los Judíos estaban entonces bajo el dominio romano; Tiberio César era el emperador romano y Poncio Pilato era su gobernador en Judea. Galilea estaba bajo el rey títere Herodes y su hermano Felipe. Los líderes religiosos Anás y Caifás estaban totalmente comprometidos con estos poderes extranjeros. La Palabra de Dios no se escuchaba en el contexto político y religioso de Jerusalén, sino **en el desierto**.

La ruptura se ha consumado. Es allí, en el *desierto*, donde Jesús vendrá para ser bautizado por Juan; es allí donde el Espíritu descenderá sobre Él y donde se oirá la voz del Padre: « *Este es mi hijo amado* ». Y es allí, en ese desierto, donde Jesús comenzará su propia misión.

Para describir esta misión, Lucas cita la profecía de Isaías: « *Todo barranco se rellenará, todo monte y collado se rebajará; los caminos torcidos se enderezarán, las sendas torcidas se allanarán; y todo hombre verá la salvación de Dios* ». Podemos ver en esta profecía el anuncio de un mundo en el que se colmarán las diferencias entre los hombres, entre las clases sociales y religiosas y entre los pueblos; un mundo en el que se respetará la igualdad de todos ante Dios. Un

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

---

mundo muy distinto del de Tiberio, Pilato, Herodes, Filipino, Lisaniás, Anás y Caifás. Ese mundo, basado en la desigualdad, la conquista y la opresión, está condenado a desaparecer.

En el nuevo mundo, la única distinción que se mantiene es la del servicio. Las brechas no se colman con la revolución violenta de los oprimidos, sino con el abajamiento voluntario de los privilegiados para servir a todos, del mismo modo que Cristo mismo se hizo servidor de todos, invitándoles a sentarse a la mesa para que Él pudiera servirles.

Es la misma nueva humanidad que proclama el profeta Baruc en el texto que hemos tenido como primera lectura, y que proclama esta renovada igualdad entre los hombres y los pueblos como fuente de alegría. *"Dios conducirá a Israel con alegría, a la luz de su gloria, escoltándolo con su misericordia y su justicia ».*

Esta alegría, que Baruc proclama para Jerusalén y el pueblo hebreo, el Evangelio la proclama para toda la humanidad -- recreada por esta nueva irrupción de la Palabra de Dios en nuestro desierto.

Armand Veilleux